

Alma en vena

No sabes lo que es el infierno hasta que no lo has probado. No concibes lo que es la amargura hasta que no has vivido la felicidad más extrema, esa más grande que la vida misma, más poderosa que cualquier sentimiento arrebatado, arrebolado por un ser que te arrancó hasta los ojos, por el mismísimo demonio que llora, entre penas, enfados y pataletas de niña buena. Asido a una esperanza que no le pertenecía, a los mismísimos calcetines del diablo que se quemaba en los confines del mundo, entre llamaradas de un fuego más caliente que la pasión que corrió por sus venas y por tu cama, entre tus sábanas. Bebieron el amargo licor de un hígado consumido en tazas de café para despertar a una mañana aletargada, a unos ojos vidriosos, a cientos de vasos de chupitos y cubatas apurados hasta el exhausto, hasta el atardecer de su mirada.

Corrieron desnudos por las desiertas calles de unas tinieblas condenadas a la perdición, sobre *Harleys* de coleccionistas moteros y de piratas de los de verdad, con parche en el ojo, pendiente en el lóbulo y pata de palo, de una madera que el carpintero podía lijar hasta con sus propias palmas. Manos encalladas, acalladas por el sollozo de la que un día fue tristemente entregada por una vida miserable que no temía por desprenderse de ocho ni de ochenta, qué más da, niños y borrachos, todos dentro del mismo saco.

Que no te lo cuente no quiere decir que no lo viva intensamente. La procesión va por dentro.

Aunque ya antes lo había hecho por las venas, se me ha salido el alma por la tráquea y me duele el corazón por la cabeza. Garganta profunda en un mar de incertidumbres pesarasas. Necesito una dosis de alma en vena, espíritu en arterias, medicina para este dolor, una cura de espanto que no venden en ninguna farmacia. Si me cosieran los huesos no sentiría nada, porque todo lo llevo dentro, bien cerrado, guardado bajo candado. Esparcieron las flores por el terreno que iban a pisar, más uno que llegó antes, tiritas sobre la frente para evitar que se le salieran los sesos de tanto correr y parar en seco. Un freno de mano que pusiste en tu máquina para no dar vuelta atrás ni permitir que bajara en pendiente. Estático pero no puedes evitar que lo que ya se ha vivido no sea. Fue y pasó y alguien algún día lo rememoró. Lo escuché en la sala de la discoteca, estabas más borracho que una cuba y la otra perseguía a un Dios que corría más alto que los vientos que entraban por la vieja verja del salón. Ni me inmuta, pasan los segundos y sigo en esta habitación, mi mente ya está en otra parte, no me da tregua ni descanso. Furiosa con ella.

Fue bonito mientras duró.

Ave imperator, morituri te salutant.

